

sin necesidad de ocurrir á el, puede el Sr. N. si gusta, consultar á Keerick tom. 4. pag. 211. Por lo demas, yo no extraño que se abuse asi de los testimonios de los santos padres, cuando eso y aun mas que eso se ha hecho con la Sagrada Escritura. Sea por ejemplo la version bascongada del Nuevo Testamento que se imprimió en la Rochela por los años de 1571, cuyo autor parece haber sido Juan de Lizagarra; en ella tradujo cuantos lugares pudo conforme á los errores del calvinismo, como consta particularmente de que en vez de «penitencia» traduce «enmienda,» como si significase lo mismo una palabra que otra. No me estiendo mas por haberme alargado demasiado.

Doy repetidísimas gracias al Sr. N. por las expresiones con que tiene la bondad de honrarme y que ciertamente no merezco; y le suplico que si en esta contestacion hubiese alguna palabra que se me haya escapado y pueda ofenderlo, la tarje y tenga por no dicha. Me repito su muy atento sevidor.—Gualajara, Mayo 26 de 1851.—«Pedro Espinosa».

## DE LA DEVOCION

AL

# SAGRADO CORAZON DE JESUS

POR EL

*P. Segundo Franco*

De la Sociedad de Jesus.

TRADUCIDA DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR EL

*Pbro. José María Ordaz y Morales.*

*Cura y Vicario Foráneo  
de la ciudad de Tehuacan, en la Diócesis  
de Puebla.*



MEXICO.

Imprenta Católica, Ex-convento de Santa Brígida.

1883.

DE LA DEVOCION  
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

INTRODUCCION.

JESUS, nuestro divino Redentor, habiendo venido á la tierra para salvar á todos los hombres, ha enriquecido á su Iglesia con una abundancia de medios adaptados á este fin; pero su providencia tan generosa hácia á nosotros no se ha satisfecho con esto, se ha dignado aún mandarnos otros auxilios generosos y especiales, de tiempo en tiempo, segun las necesidades que se hacen sentir. Así cuando las furiosas heregías levantaron la cabeza, suscitó sábios Doctores que, cual astros luminosos, derramasen en derredor de ellos la luz brillante que ofusean al error: tambien, cuando á la sucesion de los trastornos y desórdenes de la sociedad, languideció la piedad, levantó nuevas prácticas propias á revivir el fervor entre los fieles.

Hé aquí lo que admiramos en la persona de los Justinos, Atenágoras y Tertulianos, los que sostuvieron el cristianismo contra los ataques que le dirigian los perseguidores de la fé; hé aquí lo que vemos en el celo de los Cirilos y Basilos, de los Atanasios y Agustines, que la protegieron contra las impiedades de los herejes; hé aquí, por fin, lo que vemos en los Franciscos y Domingos, los Vicente Ferrer, Antonios de Pa-

BIBLIOTECA CENTRAL

dua y Bernardinos, que por sus santas predicaciones renovaron en sus reinos y provincias todas, el fervor de la vida cristiana. A este fin tienden la mayor parte de ciertas solemnidades establecidas sucesivamente en el curso de los siglos; tantos santuarios erigidos en todas las partes del mundo; tantas piadosas peregrinaciones y tantas santas prácticas religiosas. Ya nadie podrá dudar, porque los anales de la Iglesia, desde su origen, no contienen, por decirlo así, otra cosa más de la historia de semejantes acontecimientos. Vinien- do á nuestro caso, notamos que la conducta de la Providencia, no ha sido igual en nuestros dias á la de los siglos pasados; sea que desee que abunde la gracia donde abunda la inquietud; sea que el abismo de nuestros males llama á un abismo de misericordia, el hecho es, que el divino Salvador nos ha enriquecido con un socorro mucho más poderoso que todos los otros, y que se sobrepone á todas sus antiguas misericordias. En una palabra, ha presentado á los hombres su Corazon adorable, ha revelado los tesoros que allí se contienen, para excitarnos á todos á entrar en esta arca divina, ofreciéndonos en ella un baluarte inexpugnable contra las desgracias de nuestra época, queriendo así renovar, reanimar, en todas partes el fervor de la caridad.

¡Ah! Ojalá que este Corazon fuese conocido! qué dicha y cuánta abundancia de gracias no derramaría sobre la tierra! Más por nuestra tibieza, por permanecer sumergidos en las vanidades del mundo, ó más bien por un efecto de la astucia del demonio, que nos envidia una felicidad tan grande, son muy pocos los que le conocen, ménos aún los que de Él se ocupan, no faltando algunos que le desprecien, siendo solo un cortísimo número de almas escogidas los que le abrazan. De esta manera, á todas nuestras tibiezas é ingrati- tudes, añadimos aún la necesidad de rehusar el bálsamo salu- dable, que Jesus ofrece derramar sobre nuestras llagas, y el remedio que ha preparado para sanar nuestras enfermedades.

Estas reflexiones penetraron lo más íntimo de mi corazon y desde luego concebí el deseo de emplearme en lo absoluto de reparar semejante desórden, y dar á conocer á este Divi- no Corazon, tanto cuanto yo pudiese. A este fin me propuse desde luego hacer reimprimir y propagar alguno de los nu- merosos escritos que la piedad ha dictado sobre este objeto; mas la lectura misma que emprendí para formar mi eleccion, me condujo á cambiar de parecer: la mayor parte de aquellos libros se vé que fueron escritos á fines del siglo pasado, en una época en la que esta devocion encontró tantos adversa- rios, que fué preciso que se redujesen á impugnarlos y con- fundirlos; otros se limitaban principalmente á proponer prác- ticas de piedad y fórmulas de preces en honor del Sagrado Corazon, porque suponian suficientemente conocida la natu- raleza de esta devocion; algunos, en fin, en pequeño número, anteponiendo el expresar y esclarecer en que consistia, cómo convendria hacerlo, se limitaban, segun mi juicio, á hacer comprender su extension. Por lo mismo me ha parecido que habia lugar para un libro que dejando á un lado las contro- versias que han venido á hacerse inútiles entre los fieles, des- pues que la Iglesia ha dado su fallo, ponerles ante los ojos con la nocion exacta de esta devocion, las ventajas y preroga- tivas de que ella goza; de manera que formándose cada uno una idea clara y grandiosa de ella, adquirieran así una profun- da estima y se sientan vivamente obligados á abrazarla. Tal es el fin que me he propuesto en las cortas páginas que vais á leer, y la marcha que he de seguir.

Desde el principio me esforzaré en presentar con todo su esplendor la esencia de esta devocion, recorriendo las razones íntimas que la constituyen; despues examinaremos una á una estas razones para mostrar la dignidad y excelencia de cada una de ellas; procuraré, lo mejor que pueda, hacer compren- der la grandeza del objeto que reúne en sí mismo estas razo- nes. En seguida, como el divino Maestro nos ha enseñado á

BIBLIOTECA CENTRAL

juzgar del árbol por sus frutos, estudiaré los efectos que produce la devoción al Sagrado Corazón, para desarrollar más y más su mérito y santidad; en fin, indicaré la manera más práctica de honrar á este divino Corazón, que nunca habremos hecho lo suficiente para conocerle y amarle.

Hé aquí un campo que me parece abierto para el que quiera cultivarlo y que me promete, si no me engaño, una abundancia de frutos.

Si ha bastado alguna vez una ligera veta, que aparece en la superficie de una roca árida, para conducir á descubrir una mina de metal precioso ¿quién sabe si estas páginas no sirvan también para descubrir en alguna de ellas la huella de algún tesoro escondido en la devoción, que no se encontrará aquí sino bosquejada, y que de la huella se pase á la investigación, y de ésta al tesoro? Ciertamente lo deseo muy mucho, ardientemente; así lo espero de ese divino Corazón, que abrazado como está, del vivo deseo de ser conocido y amado de todos los hombres, no dejará de bendecir este ensayo, y de concederle al ménos en parte, el objeto que en él me he propuesto. Sobre todo, quedará como una pequeña muestra del reconocimiento que le tengo consagrado por los favores de todo género que me ha dispensado; servirá para afirmar en mí la confianza de vivir siempre presente, y de morir un día sepultado en este Sagrado Corazón; éste es el voto más ardoroso que formo para mí en particular y para todos los que se tomen la pena de recorrer estas páginas.

## CAPITULO I.

### EN QUÉ CONSISTE LA DEVOCION AL S. CORAZON DE JESUS.

Para encender en un corazón el amor de un objeto cualquiera, verdaderamente estimable, el medio más seguro y activo que los elogios, es la presencia misma de este objeto en toda su original belleza. De la misma manera, para excitar en una alma la devoción hácia al Sagrado Corazón de Jesús, no hay medio más eficaz, que considerarla en ella misma y mirar en lo que consiste. Porque después de todo, su naturaleza es la que nos suministra la medida de su excelencia, los motivos de la estima en que le debemos tener, los títulos que posee para atraerse nuestra afección, y hasta los argumentos que sirvan para combatir á sus adversarios. "No hay amor para lo desconocido," este es un proverbio con el que la razón y la experiencia proclaman la verdad. Porque ¿cómo podrá conocerse un objeto sin penetrar hasta lo más oculto de su naturaleza y rebuscar los elementos de que se compone? y sin conocerlo ¿cómo podrá venerarse, cómo podrá hablarse de él con persuasión, cómo propagarse con celo su conocimiento y amor? Así es innegable que por falta de una noción exacta, tocante á esta devoción, han nacido los juicios erróneos que de ella se han formado; de esto también ha resultado que unos no vean en ella sino una industria vulgar destinada á solo alimentar la piedad; que otros la tomen por un misticismo que es necesario reelegir á los claustros, para entretener los ocios ó descanso de las almas desocupadas; y otros, en fin, sin despreciarla hasta este punto, se convencen,